

instrumentos de la misma clase se cebaban en atormentarlos. La misma suerte tuvieron cuantos destacamentos cortos de fuerza armada, ignorantes de lo ocurrido, cayeron en sus manos. Sin duda los historiadores á que hemos aludido, como castellanos y católicos, habrán exagerado el cuadro; mas todo puede creerse de poblaciones bárbaras, impulsadas por su fanatismo que creían sacudir el yugo de sus opresores. Los mismos han dejado consignado que ninguno de cuantos cristianos tuvieron palabra de conservar sus vidas con tal que abrazasen la secta de Mahoma, quiso pasar por tan duras condiciones. Tambien esto se concibe y explica fácilmente.

Era pues la insurreccion séria con todos los caracteres de terrible. No ofrecia, pues, el aspecto de un pueblo que reclama la vindicacion de sus agravios, sino de unas gentes que rompián para siempre los vínculos que los unian con su rey, hollando sus leyes, y renunciando del modo mas violento al culto que se les habia prescrito. Para que no se dudase del carácter de la insurreccion, y lo que querian realmente los moriscos, no se contentaron con un caudillo, sino que quisieron tener un rey, alzándole con toda ceremonia y condecorándole con todas las insignias y carácter de monarca.

Se llamaba este nuevo rey de los moriscos don Fernando Valor, y se le creia descendiente de los Califas de Córdoba, de la familia de los Omeyas, que tanto poderío y esplendor habian desplegado en siglos anteriores. Los historiadores le pintan como un mozo de carácter violento y liviano, bastante desarreglado en sus costumbres. Era dueño de abundantes bienes, señor de una veinticuatria de Granada, y esto indica que pertenecia á una clase distinguida. Pero empeñado en mas gastos que sus facultades permitian, estaba preso por deudas en la cárcel de Granada, cuando se fraguaban los planes de alzamiento. En inteligencia con los jefes de la insurreccion, se fugó de la cárcel y escapó de la ciudad, casi al mismo tiempo que se alzaban los pueblos de las Alpu-

jarras. El dia 27 de diciembre llegó al pueblo de Benzar, donde le estaban aguardando sus parientes, y el dia siguiente, reunidos estos y los principales del pais, le alzaron por rey, levantando pendones con las ceremonias mas solemnes que supieron idear, y le saludaron con el nombre de Aben-Humeya, que manifestaba de un modo claro su ascendencia. No concurrió al acto Aben-Farax, y aun se dió por muy resentido, cuando aquel dia se presentó en Benzar de vuelta de su expedicion; mas se logró aplacarle, haciendo que el nuevo rey Aben-Humeya le nombrase su primer alguacil, nombre que entre ellos equivale al de teniente ó de segundo.

Tenia asi la insurreccion un jefe supremo, revestido con el titulo de rey; mas este rey, este jefe supremo, no se hallaba sin duda á la altura de su puesto. De una juventud disipada, sin haber tomado parte en el alzamiento mas que por despecho y lo embarazoso de sus circunstancias, sin tener mas títulos para su elevacion que la influencia de su familia, y la circunstancia casual de su prosapia, no estaba calculado para dirigir con acierto aquel movimiento que debia encontrar tan seria resistencia. Ademas de Aben-Humeya y el citado Aben-Farax, figuraba un tio del primero llamado don Fernando El-Zagüer, hombre diestro, sagaz, experimentado y muy rico, que no habia querido ser rey, contentándose con que lo fuese su sobrino. A excepcion de estas tres personas, ningun otro figuraba en primer término, ni se habia adquirido un nombre. La insurreccion fué obra de las masas resentidas por las ofensas que habian recibido, por las que les estaban aguardando. Mas la insurreccion, por terrible y unánime que fuese, no estaba suficientemente organizada; faltaba madurez de planes, de designios fijos; solo se obedecia á un sentimiento ciego, á un deseo de venganza, á estos odios de pueblo á pueblo, de secta á secta, que producen efectos instantáneos y terribles.

La falta de los moriscos del Albaycin que no se pronunciaron cuando los de la Alpujarra, fue un golpe muy



funesto para los alzados. Asegurada la capital del reino, libres en sus acciones las autoridades superiores del país, tuvieron medios de adoptar todas las medidas necesarias para salir á sofocar la insurreccion que estaba fuera. Solo recibiendo los moriscos los socorros, en gente, en armas y en dinero, que de Berbería, y aun por parte de los turcos, aguardaban, pudieran haber hecho frente á los cristianos, ó á lo menos prolongar la contienda hasta que la fortuna se les pudiese mostrar algo favorable. Pero aislados, sin ningunas simpatías, entre los que no eran ni de su nacion ni de su secta, podian entregarse si se quiere á actos de desesperacion y de venganza, mas no luchar de igual á igual con sus numerosos adversarios. Sigamos el hilo de los acontecimientos.

Hemos visto que cuando el alzamiento de las Alpujarras, se hallaba todavía Aben-Humeya en la cárcel de Granada. Inmediatamente que fue alzado por rey, se trasladó á la sierra, donde hizo que se confirmase su eleccion, y tomó algunas providencias, entre ellas las de conferir cargos, nombrando á su tío don Fernando El-Zagüer, capitán general ó jefe de la guerra. Mas el monarca dejó pronto aquel país, y se retiró á Cadiar, sin que le veamos dirigir en persona ninguna de las operaciones aisladas que entonces se emprendian.

Continuaban los moriscos alzándose sucesivamente en las diversas táas de todo aquel país, hasta la tierra de Almería, cometiendo en todas partes los mismos desórdenes y excesos. Atacaron la torre de Orjiva, y no pudieron apoderarse de ella, por la tenaz resistencia de sus defensores. También hicieron tentativas sobre la ciudad de Almería, que pensaron ganar por traicion y por sorpresa; mas fueron desbaratados sus planes, y Almería se mantuvo intacta. Ninguna de las ciudades grandes del país tomó parte en aquella insurreccion. Málaga, Marbella y Ronda, no solamente resistieron á sus amenazas, sino que enviaron gente al campo para perseguirlos. Fue este otro de los grandes contratiempos del pronuncia-

miento; pues en estos pueblos encontraron grandes recursos para hacer la guerra, las principales autoridades de Granada.

Antes que estos jefes tomasen providencias serias contra los insurreccionados, habian conseguido los moriscos algunas ventajas parciales contra partidas pequeñas armadas de cristianos que encontraron desapercibidos, ó les hicieron caer en los lazos que tan frecuentemente les armaban. Fue sorprendido en Tablate el capitán don Diego de Quesada, mandado por el marqués de Mondejar á dicho punto, con objeto de guarnecerle, para cuando él entrase en campaña, pues era el paso para trasladarse á la Alpujarra. También mataron al capitán don Juan Zapata, con su gente, en el lugar de los Güajares. Por todas partes llevaban la ventaja que les daba el mayor número, pues la generalidad del país era toda de su nacion y de su secta; mas un orden de cosas tan favorable para ellos, se acercaba ya á su término.

No estaban mientras tanto ociosas en Granada las autoridades, tanto civiles como militares. Fue su primera providencia asegurarse de los moriscos del Albaycin, á quienes con medidas rigorosas contuvieron en los límites de la obediencia. El marqués de Mondejar alistó gente y requirió auxilios de los principales pueblos del país y de todos los demas de Andalucía. Una prueba de que anduvo diligente, y se hallaba penetrado de la gravedad de aquel negocio es que, habiendo comenzado la insurreccion el 24 de diciembre, salió el 3 de enero del año siguiente 1569, á la cabeza de 2000 infantes y 400 caballos, en busca de los revoltosos, dejando á su hijo el conde de Tendilla con el mando militar para atender á las cosas de la guerra, y enviarle á proporcion que llegasen los refuerzos que de varios puntos se aguardaban. (1)

(1) La fecha de la salida del marqués y el número de sus tropas, son las que asigna Mármol. Segun Hurtado de Mendoza, salió el día 3 de febrero con solos 800 infantes y 200 de á caballo. No ol-



Acompañaban al marqués de Mondejar, su hijo don Francisco de Mendoza, don Alonso de Cárdenas su yerno, don Luis de Córdoba, don Alonso de Granada Venegas, don Juan de Villa-Roel y otros caballeros. Había salido de Jaén al frente de la caballería don Pedro Ponce, y Valentin Quirós al de la infantería. Mandaba dos compañías de Antequera el corregidor de aquella ciudad Alvaro de Isla; y la gente de Loja, Juan de la Rivera, regidor; la de Alhama, Hernan Carrillo de Cuenca, y la de Alcalá la Real, Diego de Aranda. No ponemos todos los nombres de las personas de alguna nota que acompañaban al marqués; mas continuaremos en la idea de estampar en todas ocasiones el mayor número que sea posible y esté en armonía con la índole de nuestro escrito.

Como esta guerra de los moriscos de Granada se redujo á ataques de puestos fortificados, y correrías por sierras y parajes montañosos, no ofrece batallas campales, ni movimientos en que brille la estrategia. Las fuerzas de una y otra parte eran muy poco numerosas, y la gente que acompañaba al marqués no merecía el nombre de un ejército. Por la parte de los moros era suma la irregularidad y falta de organizacion, como se puede colegir de aquella gente pronunciada sin preparativos, y por llamaradas de resentimientos. Por esto y por la misma naturaleza de nuestra obra, que no puede descender á muchos pormenores, nos contentaremos con una reseña muy sucinta de los principales hechos de una contienda á todas luces tan funesta.

Pernoctó el marqués aquella noche en Padul, dos leguas cortas de Granada. En Durcal, á una legua de distancia de su posicion, se hallaba el capitán Lorenzo de Avi-

videmos que ambos historiadores eran contemporáneos, y pudieron ser testigos oculares de los hechos. El primero tenía un cargo en el ejército; el segundo se hallaba enlazado con el marqués por un parentesco muy estrecho. La discrepancia es de cuantía, y esto prueba con cuánta desconfianza se deben admitir muchos hechos que nos refieren las historias.

la, y el de igual clase Gonzalo de Alcántara, al frente este de cincuenta caballos, y el primero de un destacamento mas considerable de infantería. Trataron los moros de sorprenderlos aquella misma noche, interceptándolos de la gente de Mondejar, cuyo campo tambien era objeto de sus tentativas. Acometieron efectivamente á Durcal aquella misma noche, mas se hallaban los nuestros apercebidos, y lo mismo el marqués, que tuvo avisos por medio de un espía. Hubo tiros y escaramuzas efectivamente en las calles y plazas de Durcal, mientras una partida de los moriscos se acercaba al campo del marqués, con objeto de darle una embestida. Mas habiendo encontrado los primeros resistencia, y sintiéndose intimidados los segundos con la actitud que tomó el de Mondejar, se retiraron unos y otros aquella misma noche, temiendo ser atacados por la caballería. El marqués se trasladó al Durcal, donde se detuvo esperando refuerzos que se le iban reuniendo, con muy poca interrupcion, unos tras de otros.

Llegaron de Ubeda y Baeza, mandada la gente de la primera de estas dos ciudades por don Rodrigo de Vivero á la cabeza de trescientos infantes y ciento cincuenta caballos. Iban de Baeza novecientos ochenta infantes, divididos en cuatro compañías, y cuatro estandartes de treinta caballos cada uno. Eran los capitanes de esta tropa veinticuatro y regidores. Mandaban la infantería de Ubeda don Antonio Porcel, don Garci Fernandez Manrique y Francisco de Molina, y la caballería don Gil de Valencia y Francisco Vela de los Cobos. Eran capitanes de la infantería de Baeza Pedro Mejía de Benavides, Juan Ochoa de Navarrete, Antonio Flores de Benavides, y Baltasar de Aranda. Mandaban la caballería Juan de Carvajal, Rodrigo de Mendoza, Juan Galeote y Martin Noguera. Mas toda esta gente no acompañó la expedicion del marqués, pues volvieron á Granada las cuatro compañías de caballería de Baeza con objeto de guarnecer la ciudad, mientras llegaban nuevas tropas.



Comenzaron á conocer los moriscos el lance sério en que estaban empeñados. Sus hermanos de Granada estaban quedos: los de la Vega no osaban pronunciarse. La salida del marqués en busca suya, les anunciaba la alternativa de someterse, ó correr todos los lances de una guerra en que no podían llevar la mejor parte. Para tentar la primera via, estaban demasiado comprometidos por los excesos y atrocidades que habían acompañado el alzamiento. Para lo segundo, es decir, para seguir la guerra, se veían con pocos medios. Por una parte tenían encima al marqués de Mondejar; por la de Murcia, se aproximaba el de los Velez, de cuyos movimientos hablaremos luego. Sigamos por ahora los pasos de Mondejar.

Se movió éste de Durcal en direccion de Tablete, donde hemos dicho había sido derrotado el capitán don Diego de Quesada, enviado allí por el marqués, como un punto muy importante para el paso de las Alpujarras. Le guardaban pues los moriscos con todos los medios que pudieron idear para estorbar la marcha del marqués. Mas éste se presentó en buen orden, y á pesar de haber los primeros desbaratado un puente, y tener otro medio roto con objeto de que las tropas al pasar por él se precipitasen á un profundo barranco donde estaba colocado, siguió adelante el marqués sin pérdida notable, habiendo desbaratado y puesto en huida á los moros, hasta Lanjaron, donde hizo alto aquella misma noche. Al día siguiente pasó á socorrer la torre de Orjiva, sitiada y puesta en grande aprieto por los moriscos, hallándose ya sin víveres ni municiones, y próxima á rendirse.

Tan favorable se mostraba el semblante de las cosas, que el marqués de Mondejar no quiso que le mandasen mas refuerzos, por lo cual escribió al Asistente de Sevilla que no le enviase la gente de aquella ciudad, ni la de Gibraltar, Carmona, Utrera y Jerez que se habían juntado para hacer dicha jornada.

Mientras tanto reunían los moriscos cuantas fuerzas

podían allegar para detener la marcha de Mondejar. Noticioso éste de que Aben-Humeya se quería hacer fuerte en la tía de Porqueira, se puso en esta direccion y ocupó el país, á pesar de la resistencia tenaz que le opusieron. Forzó el marqués el puesto, sin que se atreviese Aben-Humeya á sostenerle. Pasó de allí á Pitres de Ferreyra, punto que tomó y defendió en seguida contra los moriscos que le acometieron de noche, causando algunas pérdidas á los nuestros cogidos de sorpresa. En seguida se trasladó al castillo de Jubiles, donde también consiguió derrotar á los moriscos que le opusieron resistencia.

Ocurrió en este punto un suceso lamentable. Dió el marqués el pueblo á saco, mas prohibiendo la matanza. Se recogió la gente, especialmente las mujeres, á la iglesia; mas no cabiendo toda, se salió una gran parte á una plazuela inmediata, donde pasaron la mayor parte de la noche. Acaeció en esto que un soldado trató de llevarse consigo una mora; y como esta opusiese resistencia, llamó la atención de un jóven, que de mujer disfrazado la seguía, tal vez por deudo suyo ó por amante. Embistió el jóven al soldado con una almadora que llevaba debajo del vestido. Al ruido de la pelea que se trabó entre ambos acudieron otros, y fue esto bastante para que se esparciese entre los nuestros el rumor de que entre las moras se hallaban hombres armados vestidos de mujeres. No fué preciso mas para que acometiesen enfurecidos á la muchedumbre. La mortandad fué horrible, y solo tuvo fin cuando llegó la luz del día.

Pasó el marqués desde Jubiles á Cadiar y á Ujijar, donde entró sin resistencia, habiendo registrado y apoderándose de varias cuevas y cavernas donde habían tomado asilo los moriscos. Todos quedaron cautivos en poder del de Mondejar.

Al punto de Ujijar se había dirigido Aben-Humeya con el designio de defenderle á toda costa, haciéndole base de sus operaciones militares. Varios amigos y allegados, entre ellos su suegro, le aconsejaron hacerlo así,



representándole la importancia de Ujjar como punto fuerte, con la circunstancia de estar colocado en el centro de las Alpujarras. Mas otros deudos suyos le persuadieron que se retirase á Paterna, donde podia aguardar con mas ventaja á los cristianos. Andaban divididos á la sazón los moriscos sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias. Los mas pacíficos y la gente de arraigo estaban penetrados de lo descabellado del alzamiento y de los terribles resultados que no podia menos de acarrearles. Los mas comprometidos, los principales instigadores de la empresa, los que mas se habian distinguido en las atrocidades de que fue acompañado el alzamiento, conocian que no habia para ellos ni perdon, ni avenencia de ninguna clase, y solo pensaban en los medios de llevar adelante á toda costa la contienda. De aquí la diversidad de pareceres entre los que rodeaban al nuevo rey Aben-Humeya. Los que aconsejaban la quedada en Ujjar, pasaban por aspirar á composicion con los cristianos, y realmente habian dado pasos al efecto. No fué pues difícil á sus contrarios mas feroces hacer creer á Aben-Humeya que los primeros le engañaban y trataban de venderle al enemigo. El rey en su furor hizo dar muerte á su suegro Miguel de Rojas, y á un cuñado suyo, repudiando á su mujer, para cortar cuantos lazos le podian unir á su familia. Tomó, pues, Aben-Humeya el camino de Paterna á la cabeza de sus tropas. Siguió sus huellas el marqués, mas no perdiendo de vista ciertos pasos y negociaciones que se habian entablado con Aben-Humeya á fin de reducirle á la obediencia. No parecia contrario este caudillo á entrar en términos de composicion: por lo menos así se lo habia hecho creer al marqués una persona con quien estaba el morisco en relaciones. Seguia, pues, Mondejar las huellas de los enemigos, sin darse priesa á empeñar una batalla, aguardando el resultado de una carta que con su conocimiento acababa de escribir al rey morisco la persona con quien se entendia. Mas los arcabuceros que iban de vanguardia por

los dos lados de la sierra, se avanzaron demasiado y fueron causa de que se empeñase una accion con los moriscos, en que estos fueron derrotados. Creyéndose Aben-Humeya engañado por el marqués, se puso en salvo sin siquiera abrir la carta que acababan de entregarle, dejándola en el suelo, mientras que el segundo, confiando siempre en reducirle á la obediencia, no siguió el alcance de los vencidos, causando esto no pocas murmuraciones entre los soldados de su mismo campo.

Propendia el marqués de Mondejar á la blandura, y escogitaba cuantos medios le eran posibles para volver á los moriscos á la obediencia del rey, sin reducirlos á la desesperacion, que pudiera producir medidas de esterminio. Ya hemos visto que durante su residencia en la córte habia desaprobado la pragmática, origen de aquellas turbulencias. Conocia la importancia de una gente activa y laboriosa como los moriscos, y daba oídos á cuantas proposiciones de acomodamiento le venian por parte de los sublevados. Activo en perseguir al enemigo, como los hechos lo atestiguan, no se mostró riguroso en los castigos. Templó muchas veces el furor de sus soldados vencedores, y por eso fué objeto de murmuraciones por parte de su mismo ejército, donde se queria utilizar todo lo posible la victoria. Por otra parte, los moriscos que pensaban en pacificacion, veian desmentidos los sentimientos que se le atribuian al marqués con la conducta feroz y sanguinaria de los soldados que le acompañaban. Los *monfis* y demas instigadores de la insurreccion, se aprovechaban naturalmente de esta desconfianza de los moriscos inclinados á la paz, para tener siempre encendidas las teas de la guerra. Habia vencido el marqués á los moriscos en cuatro refriegas sucesivas.— Se habia apoderado de los principales puntos fuertes de las Alpujarras; entretenia esperanzas de pacificar el pais; creia muy próximo el momento de que se redujese á la obediencia; mas en Granada no se participaba de sus ilusiones. Se murmuraba allí mucho de su conducta en la



parte política, y muy pocos daban la lid por fenecida. El presidente Deza no era su amigo, y trataba de indisponerle hasta en la corte misma. Su hijo el conde de Tendilla trataba de salir con otra expedición en busca de los enemigos; mas el marqués se opuso á esta medida, y hallándose en Ujijar de vuelta de la expedición, trató de moverse hácia los Guajares, donde se habia encendido de nuevo la llama de la insurrección; tan ansioso estaba de concluir por sí mismo aquella guerra, sobre todo de que tomase la menor parte posible en ella el marqués de Velez, cuya presencia en el país le importunaba, y cuyos principios é ideas eran tambien diversas de las suyas. Tanto como Mondejar propendia á la indulgencia y á la consideración, se inclinaba el otro á la dureza y á los malos tratamientos. Quería el primero conservar un pueblo útil sin reducirle á los términos de la desesperación, mientras el otro no hablaba mas que de castigos y hasta de esterminio. De la cooperación, pues, de dos jefes tan diversos que obraban independientes en una misma guerra, no podian menos de seguirse fatales consecuencias.

Hemos visto al marqués de los Velez, capitán general de Murcia y de Valencia, marchar sobre el reino de Granada cuando el principio de dichas turbulencias. Habia dado este paso á instancia y súplicas del presidente Deza, quien imploró sus auxilios, sea para oponer un rival al marqués de Mondejar, ó porque no confiase bastante en los esfuerzos y medidas de este último. Dió parte el presidente al rey de este paso con el de los Velez, y Felipe II aprobó la providencia, encargando al último la mayor actividad en sus operaciones.

Antes de llegar dicha orden del rey, y aun la súplica al marqués de los Velez por parte del presidente don Pedro Deza, habia tomado disposiciones militares cuando llegaron á su noticia los disturbios de Granada. Cumplíale, como capitán general de una provincia fronteriza, prepararse para en caso que llegase allí el incendio, y asimismo tomar una parte activa en el asunto, acudiendo

al castigo de los rebeldes por todos los medios que pudiese. De varios puntos del país le llegaron tropas; de modo que cuando recibió la comunicación se hallaba ya al frente de mas de cinco mil hombres de infantería, y una fuerza de caballos proporcionados á este número.

Habia reunido en su villa de Velez del Blanco quinientos infantes y trescientos caballos. Recibió de Lorca mil y quinientos hombres de á pié y ciento de á caballo, en muy buen orden, capitaneados por Juan Mateo de Guevara, Pedro Helises, Alonso del Castillo, Martín de Lorita y Luis Ponce. Le enviaron de Caravaca trescientos infantes y veinte caballos, mandados por Andrés de Mora, Fernando de Mora y Pedro Martínez: de Moratalla doscientos infantes y treinta caballos, á cargo de Juan Lopez; de Hellín ciento cincuenta infantes y quince caballos, capitaneados por Pablo Pinero: de Zhegui Francisco Fajardo con doscientos cincuenta infantes y veinte caballos: de Mula doscientos infantes al mando de Diego Melgarejo. Con esta gente escogida, por la mayor parte voluntaria, y la que sacó de otros pueblos, movió su campo el marqués el 5 de enero, es decir, casi al mismo tiempo que el de Mondejar salía de Granada en persecución de los moriscos. Era la intención del marqués de los Velez caer sobre Almería, que suponían en muy grande aprieto por parte de los moriscos; mas habiendo sabido en el camino la derrota de estos en Benahaduz, tomó la dirección del castillo de Xergal, y atravesando la sierra de Filabres, se estableció en el pueblo de Tabernas, donde se detuvo hasta el día 15, mientras le llegaban la orden de S. M. y los refuerzos que en Murcia dejaba preparados.

Atribuyeron algunos esta precipitación en el movimiento del marqués de los Velez, á su deseo de que le cogiese dicha orden ya dentro del territorio del reino de Granada, como sucedió en efecto. De este modo se vieron en aquel país dos capitanes generales que obraban independientes, y cuyo modo de considerar aquella guerra